

Alemán de Cultura de Santiago. El mencionado conjunto de cuerdas lo componen Eduard Drolc, Heinz Böttger, Hermann Bethmann y Güther Liebau, o sea, cuatro eminentes ejecutantes alemanes poseedores de una técnica refinada y de un espíritu musical rayano en la perfección.

El programa de este concierto anotaba el cuarteto opus 95, de Beethoven; otro del compositor moderno Boris Blacher y el emocionante cuarteto conocido con el nombre de "Der Tod und das Mädchen", de Schubert.

A pesar de que hace pocos años que trabajan juntos, ellos interpretan las obras de su repertorio como si fuera un solo ejecutante el que da vida y animación a esas refinadas piezas, elegidas para deleite de sus oyentes. Esa unidad sería intachable si el violín primero tuviera más volumen sonoro.

<https://doi.org/10.29393/At348-121GVAA10121>

GLUCK, EL VINO Y EL BOSQUE ALEMÁN

A partir del presente año, el mundo musical conmemora el bicentenario de una serie de óperas escritas por Cristóbal Gluck.

Quien no haya conocido el bosque alemán, al menos su aspecto pintoresco y legendario, jamás podrá captar el sentido poético que vibra en las creaciones de Gluck, Beethoven, Schubert, Mendelssohn, Schumann, Weber y Brahms.

Beethoven siempre estuvo arrobado entre la maraña selvática próxima a las riberas del Rin, no lejos de Bonn. Brahms realizaba sus jiras artísticas a pie por rutas sombreadas por las frondas de los castaños y de las encinas gigantes. Schubert, Schumann y Mendelssohn escribieron sentidos corales, canciones y obras para diversos instrumentos con motivos agrestes entre los cuales el bosque tenía un sitio preponderante. La acción de la ópera "El libre cazador", de Weber, transcurre en un bosque, como también la de "Hänsel y Gretel". La música de Bach y de Haendel tuvo otra fuente de inspiración. El autor de "El Mesías" y de otros oratorios —algunos de ellos representables— vivió gran parte de su existencia entre las bam-

balinas de los teatros de Londres, así como Bach, entre los reclinatorios de las iglesias protestantes.

Cristóbal Gluck, famoso operista de mediados del siglo XVIII, fué hijo de un guardabosque del Alto Palatinado. Cuando niño supo luchar contra la pobreza y la venció. ¿Y quién dijo miserias? El hombre era listo: viajaba disfrazado de monje capuchino para eludir con tal indumentaria el pago de pasajes onerosos y, también, para no despertar sospechas en las aduanas; porque si algún empleado de esas reparticiones fronterizas hubiese tenido la ocurrencia de abrir las maletas del inocente frailecillo, su sorpresa habría sido grande al descubrir en ellas centenares de relojes cuya venta producía al compositor pingües ganancias, principalmente en Italia, donde el deseo de lucir tan codiciados aderezos tomaba, por aquellos años, sobre todo entre las damas, visos de locura colectiva.

Así logró amasar muchos escudos, tantos como para satisfacer con crecer las inquietudes despertadas por su vicio predilecto.

Amo el vino —solía decir el autor de "Orfeo"— porque me enciende el estro, proporcionándome la gloria y la fortuna.

Claro, hay algo de onomatopeya en el apellido de este operista bohemio; Gluck, Gluck, Gluck, suena como si alguien se atragantara al ingerir precipitadamente una copa de champaña: Gluck, Gluck, Gluck.

Cuando estuvo en Londres —muy joven aún— un diario local, el "Daily Advertiser", anunció un concierto preparado por el músico germano con el siguiente suelto de crónica: "En la Gran Sala Hickford, Brewers Street, el martes próximo, 14 de abril, el señor Gluck, compositor de obras líricas, dará una audición con el concurso de los mejores artistas de la ópera. Particularmente ejecutará acompañado por la orquesta, un concierto para veintiséis copas de mesa afinadas con agua de la fuente; es un instrumento de su propia invención, en el cual se logra tocar lo que puede ser ejecutado en el clave y en el violín".

"Espera satisfacer así a los curiosos y a los aficionados a la música".

Maravilloso instrumento y no pudo ser otro sino Gluck quien lo inventara; porque nadie ha escrito música más poética, sana, arrobadora y cristalina que la nacida del magín de ese creador germano.

¿Y quién impregnó su espíritu de tanta delicadeza?

¿Quién fué su maestro?

Tuvo un gran maestro, uno solo: la selva alemana.

El hijo del guardabosque luchó hacha en mano, cuando niño, junto a su padre, para subvenir a los gastos de su hogar, fortaleciendo así su mal nutrido organismo. Pero, a la vez, ¡cuántos atardeceres deleitosos, cuántos sones lejanos, cuántas cenefas multicolores semiperdidas entre las frondas de los pinos no arrullarían su alma!

La obertura de la ópera "El libre cazador" comienza con un encantador adagio. Allí está fielmente evocado, a la manera gluckiana, el bosque germano. Y para ello, Carlos María von Weber usó la media voz, y tuvo el buen gusto de prescindir del canto del cucú. Sólo una simple melodía encomendada a los cornos sugiere la apacible majestad de un bosque bañado por la luna.

Quizás Gluck, en las veladas familiares, ejecutaría más tarde trozos de "Ifigenia en Táurida" o de otra ópera suya, en el instrumento de su propia invención; pero ya en su casa no llenaría las copas con agua de la fuente, como lo hiciera en los escenarios londinenses, sino con vino espumante estrujado en las suaves colinas del Rin. Y, sin duda, a mitad del concierto hogareño, debido a las continuas libaciones del maestro, un sol sostenido declinaría muy pronto en un sol doble bemol hasta producirse un completo descalabro fónico en el instrumentito de cristal.

Terminada la audición nocturna, el maestro, ya en viaje a su lecho, diría, tal vez, a media lengua, a su gente: Claro, claro, amo el vino, porque... porque me enciende el estro, claro, proporcionándome la gloria... claro, la gloria y la fortuna, claro... Bueee-nas noches.